

À ESPAÑA

No soy aquel trovador que cantando entre ruinas no vió una flor sin espinas en su senda de dolor. No soy el viejo cantor que sólo desdichas siente, ni de mi pecho doliente es el patrimonio el llanto, ¡que en las notas de mi canto brilla la fe refulgente!

Horizontes de esperanza van marcando mi camino y sueño hermoso destino dibujarse en lontananza. No es la voz de la venganza la que mi entusiasmo inspira ni densa nube se mira en el azul de mi cielo: ¡auroras de desconsuelo son las que alientan mi liral!

España, patria adorada, si la desgracia te ha herido, no eres el paria vencido para siempre en la jornada. Mira tu historia pasada, ella el ejemplo te dió: Lázaro resucitó, y tú, mi España querida, has de volver á la vida como Lázaro volvió.

Vives con tus tradiciones, con tus páginas de oro, con ese hermoso tesoro de tantas generaciones.

Son eternos tus blasones, pues has sabido juntar tanta hazaña singular y tantos timbres de gloria que es muy pequeña la historia para poderlos guardar.

¡Es que tu raza dormida sobre los viejos laureles, no soñó amigos infieles ni la acechanza escondida? Pues al volver á la vida deja ese sueño en olvido, ensancha el pecho oprimido, muestra que despierta estás, y de nuevo volverás á ser la que siempre has sido.

Aquélla cuya arrogancia á otros pueblos admiró y la epopeya grabó de Sagunto y de Numancia. Aquélla cuya constancia, en hazaña peregrina, colocó la cruz divina y sus banderas triunfantes sobre las torres gigantes de la Alhambra granadina.

La que en su anhelo profundo y en su victorioso empeño hallando un mundo pequeño ambicionó un nuevo mundo. Pueblo en grandezas fecundo como grande en hidalguía, que ostentó su valentía dando al enemigo espanto en las aguas de Lepanto y en los campos de Pavía.

Pueblo cuyo corazón jamás encontró fronteras y opuso fuertes barreras al mismo Napoleón; el que humilló al campeón de las más grandes empresas, el que convirtió en pavesas glorias del pueblo francés logrando ver á sus pies á las águilas francesas.

No puede nunca morir esa raza de valientes. ¡Alcen tus hijos las frentes y vuelvan á combatir! Nos enseña el porvenir el laurel y la victoria, recordemos nuestra historia y podremos convencernos que sólo debe vencernos el peso de tanta gloria.

Una sola aspiración funda todos los amores: desechemos los rencores, si los guarda el corazón. Las fuentes de la instrucción alientan la juventud, odiemos la esclavitud que ofusca la inteligencia, y ayuda nos dé la ciencia, el trabajo y la virtud.

Cumplamos con los deberes al conocer los derechos, no guardemos en los pechos codicias de mercaderes; no cual débiles mujeres llanto debemos verter ni nos puede contener el temor de sucumbir: ¡pueblo dispuesto á morir está cerca de vencer!

Lleve el viento las canciones de santo amor y fe ardiente. ¡Brille la luz esplendente de las nobles ambiciones! ¡Adornen nuevos blasones nuestra enseña sacrosanta! ¡Pueblo, tu sueño quebranta y sólo el deber escucha! ¡España, despierta y lucha! ¡Trovador, alienta y canta!

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR



LA ESTUDIANTINA. — Cuadro de A. LIZCANO.

Fot. de J. Laurent y C.ª (Madrid).

¡UNO MENOS!...

Como sombras que se deslizan sin ruido, iban llegando al campamento aquellas diezmadas compañías, cuyos soldados, tan pronto reprimían el violento esfuerzo de su voluntad que les había permitido llegar hasta allí, desplomábanse como inerte masa, sin energías para ocupar los puestos que se habían señalado á cada unidad.

La jornada de aquel día superaba, por su rudeza, á toda ponderación. Tres leguas recorridas al paso largo y un combate de cinco horas, persiguiendo al enemigo que escapaba á cada paso, eran suficientes para acabar con toda humana fuerza. En vano procuraban los oficiales reunir su dispersa gente. El cansancio habíalos sumido en un sueño letárgico, vencedor de los tormentos que la falta de alimentación producía en sus cuerpos extenuados y enfermos.

Ni la promesa de una reparadora comida ni el mandato del jefe lo grababan arrancarlos de aquel estado de postración, tan profunda, que sólo

por el acompasado movimiento de sus pechos conocíase que no eran cadáveres insepultos. La guardia de prevención, que precedía inmediatamente á la impedimenta, hizo su entrada en el campamento conduciendo, maniatados, algunos prisioneros.

Entre ellos había una mujer, cuya arapienta y sucia indumentaria y el descuido que en toda su persona se advertía, no bastaban á borrar la delicada belleza de su rostro ni la esbeltez de su talle, arrogante y flexible.

Fué capturada cuando con un precioso rifle disparaba rápidamente, desde la primera línea, sobre las fuerzas que avanzaban, como si ella sola aspirara á detenerlas en su acometida, amparando así la retirada de los suyos. Sus ojos, de mirar profundo, no denunciaban sentimiento alguno de temor ó flaqueza, y sus labios se entreabrían para dar paso á una sonrisa de extraña placidez, símbolo de esa ventura que gozan las almas de gran temple cuando recuerdan el deber cumplido.

El jefe de la columna ordenó que se la separara de sus compañeros, sujetándola á estrecha vigilancia durante toda la noche, y recomendó al oficial que no la perdiera de vista.

Era éste un teniente joven y apasionado, que hacía la guerra sin odio al enemigo y para quien la causa defendida por los rebeldes era de indiscutible santidad. No obstante esta disposición de su ánimo, cumplía valerosamente sus deberes militares y siempre se le veía en los puntos de mayor riesgo dando ejemplo de bravura y disciplina.

La posición central que la guardia ocupaba, permitía algún descuido en la vigilancia; así es que, al poco rato de estar los soldados en torno de la hoguera, el sueño se fué apoderando de ellos y sólo el oficial y la prisionera resistieron su poderosa influencia.

La joven tenía fija su mirada en las inquietas llamas, como si su eterno flamear hubiérala impresionado hondamente. El teniente no apartaba de ella sus ojos aspirando tal vez á fijar en su retina aquella interesante figura.

—¿Soñáis?—preguntó en voz baja y con acento dulce que formaba rudo contraste con su condición de carcelero.

Una brusca sacudida experimentó la prisionera, como si, arrebatada á un sueño feliz, volviera á la realidad. Sus ojos fijáronse intensamente en los ojos del oficial, y aunque nada respondió á la insinuante pregunta, acentuó más la sonrisa que parecía estereotipada en sus labios.

Algo debió descubrir en el alma del teniente que lisonjeara sus sentimientos, porque el color mate de sus mejillas coloreóse, al par que por sus ojos cruzaba, con la rapidez del relámpago, un algo siniestro que estremeció sus entrañas.

Sostuvo largo rato aquella mirada y, con visible esfuerzo, hizo su sonrisa más tentadora, mientras adelantaba sus manos, cárdenas por la presión de la fuerte ligadura.

—¿Sufrís?—balbuceó de nuevo el militar con invencible ternura.

Un tajo que dió con el ancho cuchillo que á guisa de sable pendía de su cintura, cercenó la cuerda. El pecho de la joven ensanchóse en un suspiro de alivio. La humanitaria generosidad mereció al oficial una mirada enloquecedora.

Examinó con piadoso interés los hondos surcos abiertos por la brutal presión en aquellas adorables muñecas, exteriorizando un afán excesivo por calmar los dolores que de fiyo sufría.

Ella le abandonó sus manos con estudiada coquetería, aspirando, sin duda, á ir muy lejos en sus concesiones para mejor afianzar su imperio sobre aquel hombre que para ella encarnaba todo lo más odioso y odiado, y á cuyo contacto sublevábase su alma de convencida sectaria del separatismo cubano.

Alentado el mancebo por la facilidad con que cedió á sus primeras insinuaciones, hizose más audaz, llegando hasta á besarla en los labios con apasionamiento delirante.

Los troncos que ardían en la hoguera habíanse consumido, y sus brasas lograban apenas llevar hasta la prisionera y su guardián un pálido reflejo que pronto se perdía entre las espesas sombras de aquella noche obscurísima.

El campamento dormía, confiado en la vigilancia de las avanzadas.

El oficial de guardia había perdido por completo la noción del lugar en que se hallaba, y cubría de caricias el rostro y el cuello de la que consideraba rendida á su pasión.

Si la ofuscación no le privara de todo raciocinio, hubiera notado que la joven entregábase pasivamente, sin devolverle una sola caricia, y advirtiera que la expresión de sus ojos distaba mucho de tener esos tonos lánguidos y voluptuosos cuyo encanto realza la belleza de la mujer que cede á impulsos de irresistible enervamiento.

El estudiado abandono de la mujer servía de incentivo á las intemperancias del hombre, que ya saboreaba las delicias de la absoluta posesión con lúbrico refinamiento.

La sonrisa de la prisionera, se hacía cada vez más extraña, y en sus ojos íbase acumulando todo el aborrecimiento de que rebosaba su alma, sedienta de sangre, de aquella sangre española tan odiosa, que la obligó á cambiar las dulzuras del hogar tranquilo por las rudezas del combate en campo abierto, y cuyo eterno peligro no logró hacerla vacilar: tan puro era su templo.

Ni el más pequeño ruido turbaba el imponente silencio de la noche. Sólo de tiempo en tiempo percibían los únicos vigilantes del interior del campamento confusas palabras que en sueños balbucían los soldados dormidos.

El oficial, poseído de súbita locura, creyó llegada la hora de consumar su obra y arrojóse sobre su presa con felina avidéz.

Los cuerpos rodaron por tierra manifestándose entonces el único movimiento de resistencia en la mujer.

Fué breve.

Al caer, tropezó su mano con un objeto frío cuyo contacto prodújole fuerte sensación... Era el cuchillo que sirvió para libertar sus manos de las ligaduras que la torturaban... En su pupila brilló un relámpago... Estaba resuelta.

Con presteza empuñó el arma, mientras atraía sobre su pecho el pecho del oficial. Este cedió á la violenta presión de aquel brazo adorable y con ansia buscó en la obscuridad los labios de la prisionera... Fué aquél un beso prolongado, interminable, brutal...

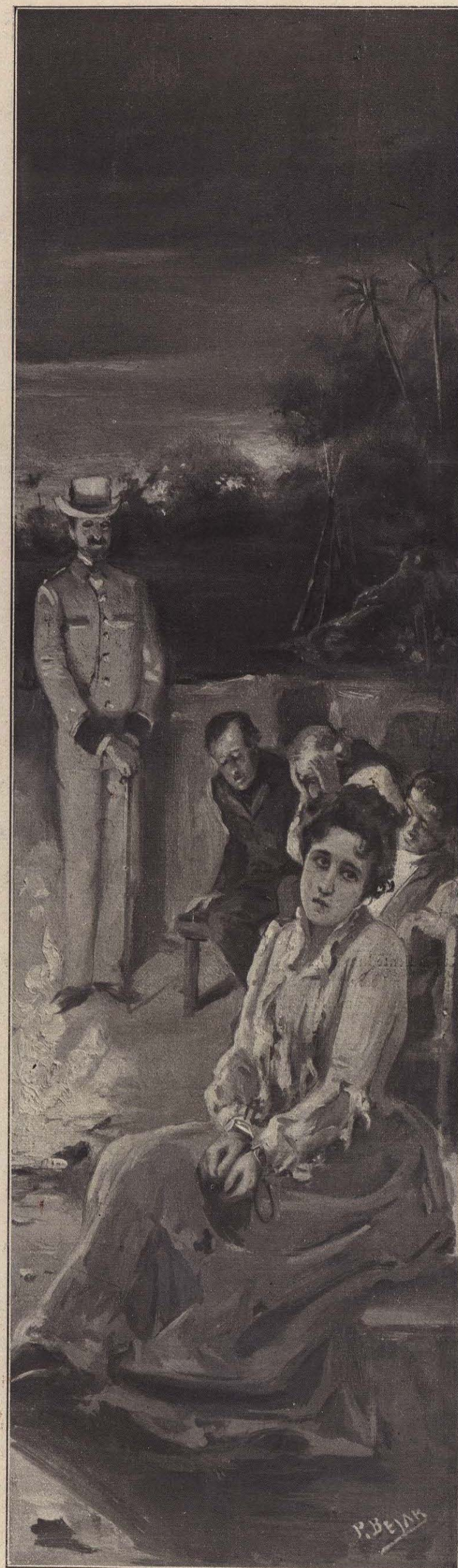
Un grito de dolor y una siniestra carcajada, rompieron el silencio del campo.

El oficial, revolcábase sobre un charco de sangre, y en su espalda veíase la dorada empuñadura del cuchillo.

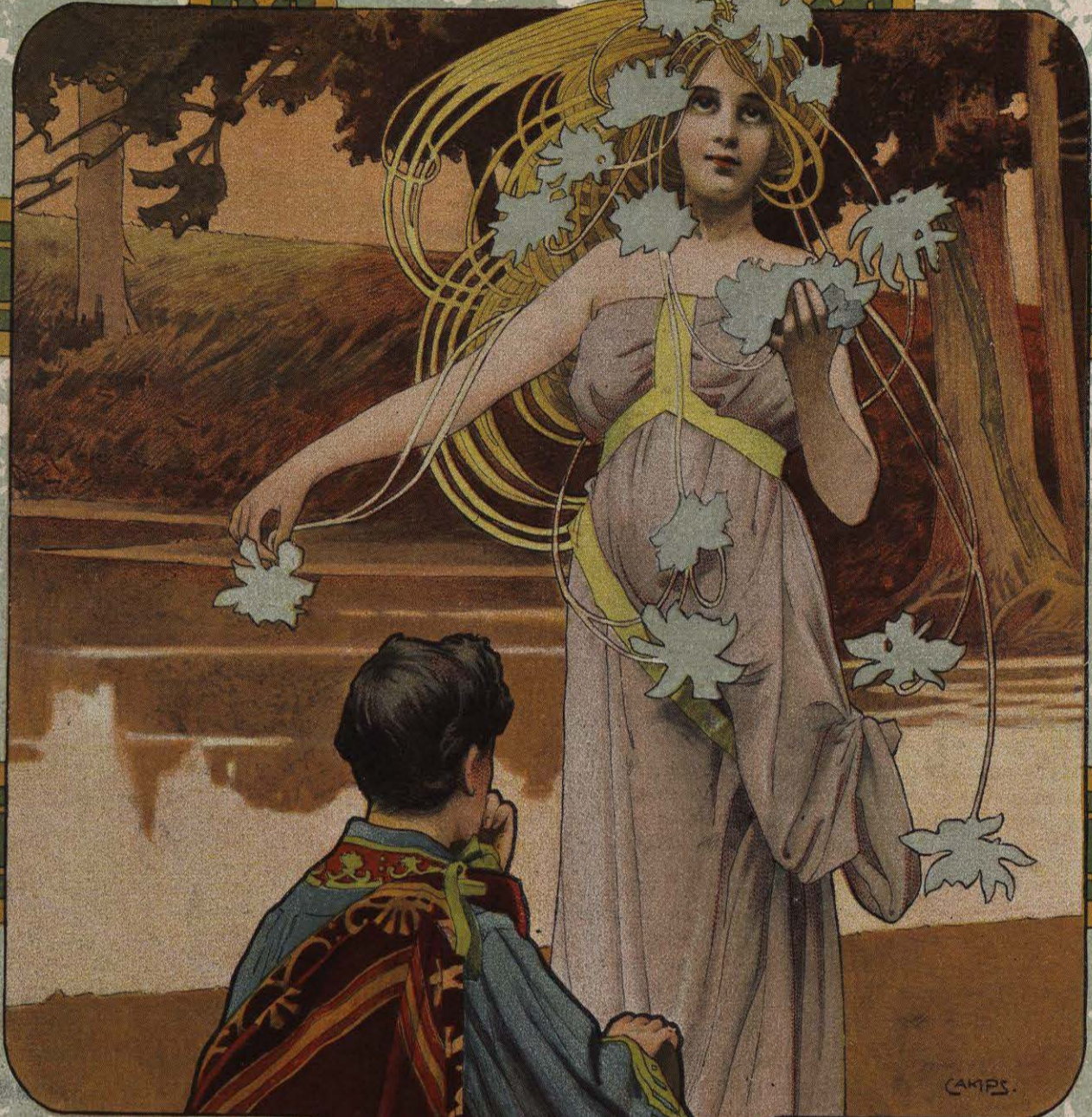
Ella lo miró un instante con profundo desdén y exclamó:

—¡Uno menos contra los míos!

LEVÍ MURGASI



SU IMAGEN



Errante sol de aromas circundado
tu ardiente lumbré tenue debilita,
que ya mi corazón, de arder cansado,
negro sus alas moribundo agita.

Grupo de luz que extravió la luna,
ángel perdido que bajó del cielo,
visión deslumbradora, que importuna
mi sien circunda en caprichoso vuelo,

¡Girar y más girar!... Lentas sus alas
lumbrosa tiende en blando movimiento.
¿Eres el alma que de mí te exhalas?
¿O eres tal vez mi mismo pensamiento?

Fantasma de la mente, llega, llega,
desprendida mitad del alma mía,
aunque tu imagen me deslumbró y ciega,
blanca de noche, y negra por el día.

Se mece ante mis ojos desplegada
como la espuma cándida de un río,
tal vez por los suspiros agitada
que salen hondos ¡ay! del pecho mío.

Su virgen luz, perdida en el ambiente,
reverbera purísima y serena,
y en las limpidas aguas del torrente,
cuando acarician la tostada arena.

Sobre mi frente gira luminosa,
luciente envidia de la nieve y grana,
copia feliz de la encendida rosa,
lisonja del albor de la mañana.

En donde quiera engendra el alma mía
su imagen pura, rutilante y bella,
ante el disco del sol al mediodía,
por la noche en la faz de cada estrella.

Y quisiera abarcar al ver su lumbré,
hidrópica mi vista fascinada,
de los astros la inmensa muchedumbre,
para verla sin fin multiplicada.

Me revela fantástica su risa
oscilando el arroyo cristalino,
y su acento el murmullo de la brisa,
y también el zumbir del torbellino.

La veo en todas partes seductora,
llevado de mi ardiente fantasía,
en cada rayo al despuntar la aurora,
en cada sombra al caducar el día.

Y despierto la miro embebecido,
animada ilusión de mi deseo;
y si cierro los ojos adormido...
yo no sé dónde está, pero la veo.

RAMÓN DE CAMPOAMOR

Composición y dibujo de GASPAR CAMPS.

BARTOLOMÉ ESTEBAN DE MURILLO

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

ESTE ilustre pintor, esta gloria española, una de las más grandes y legítimas, nació en Sevilla el año 1618.

Su verdadero apellido no era ese, ya que sus padres fueron Gaspar Esteban y María Pérez; mas parece que entre sus bisabuelos había muerto uno en olor de santidad, y á esto se atribuye semejante cambio.

De muy niño, el personaje de estos apuntes cogía carbones y en ellos pintaba sobre las paredes todo lo que veía ó imaginaba. Convencidos sus padres de la vocación de su hijo, lleváronle al taller de su pariente, el apreciable pintor Juan del Castillo. Allí, en unión de otros varios discípulos y después de meter colores y preparar pinceles, copió varios modelos, aprendiendo de su maestro la fuerza y valentía del claro obscuro, que era la cualidad más estimada de Castillo.

Muertos sus padres cuando Bartolomé contaba sólo diez años, quedó bajo la protección de su tía doña Ana y de su esposo el cirujano Antonio López, quienes le sostuvieron en el taller de Castillo, al que ayudó en sus trabajos para diversas iglesias y conventos. Decidido Castillo á trasladarse á Cádiz, quedóse Murillo en Sevilla y pintó por su cuenta infinidad de cuadros que los marchantes le compraban á un ínfimo precio y después vendían por las ferias y los pueblos.

Llegó á Sevilla el célebre pintor Pedro Moyses, procedente de Italia y Flandes, donde había estudiado al famoso Van-Dyck. Murillo visitó sus estudios y admiró los trabajos de Van-Dyck, convenciéndose, ante aquellas obras maestras, de lo poco que sabía. Resuelto á estudiar y aprender, decidió marchar á Madrid, lo que realizó á costa de muchos sacrificios, presentándose á su paisano don Diego Velázquez. El insignie pintor le recibió cariñosamente, y gracias á su noble protección pudo Murillo en Madrid y en el Escorial estudiar y copiar á Rubens, Van-Dyck y Ribera. Quizá su estancia en el Monasterio del Escorial influyó en su afición á pintar asuntos religiosos.

Después de contraer matrimonio con doña Beatriz de Cabrera y Sotomayor y disgustado por la tristeza que en su protector y amigo don Diego Velázquez había producido la caída del favorito Conde-Duque de Olivares, Murillo, cuya fortuna había mejorado y cuyo nombre comenzaba á pronunciarse con respeto, trasladóse á su patria, buscando como la golondrina el color de su ciudad querida. De vuelta en Sevilla, la pintura del claustro ó el convento de San Francisco le alcanzó tal renombre que de la ciudad, primero, de Andalucía, después, y bien pronto de España entera, llovieron sobre él las peticiones de cuadros. De aquella época datan sus numerosas obras, que hoy se encuentran diseminadas en la ciudad de Sevilla, en varias poblaciones de Andalucía, en algunos conventos de Madrid, en el Real palacio, en el Escorial y San Ildefonso, en diversas iglesias y en casi todos los Museos de Europa.

Según los mejores críticos, el estilo de Murillo, que en un principio había sido fuerte y detenido, — como inspirado por la fuerza del claro-oscuro de Castillo y las exigencias de los marchantes, que sólo querían imágenes san-grientas,— se hizo con el estudio dulce y agradable, logrando dar á sus cuadros no sólo la ternura y naturalidad en el colorido, si que también una perfecta anatomía del cuerpo humano, con todas las reglas de la contraposición, de la perspectiva y de la apatía; rodeando sus figuras de un ambiente fantástico y celestial.

El año 1680 se trasladó á Cádiz para pintar en el convento de Capuchinos un gran cuadro sobre la *Vida de Santa Catalina*, cayendo del andamio y viniendo á morir en Sevilla de resultas de aquel golpe mortal.

Antes de morir había realizado su sueño dorado; la creación en Sevilla de la «Academia de Bellas Artes», nueva y hermosa corona que cifre su frente tan llena de altos pensamientos.

Aunque su especialidad fueran los asuntos religiosos, Murillo pintó también cuadros de costumbres, paisajes, flores y cuantos géneros abarca la pintura.

En cuanto á sus cuadros religiosos, Murillo es una verdadera maravilla.

De su colorido se ha dicho que pintaba la carne con leche, sangre y rosas.

Él introdujo en la Academia de Sevilla la costumbre de los modelos vivos, para estudiar los desnudos.

Cuentan que por su *San Antonio* le dieron unos quinientos duros; por su *Concepción*, ciento veinticinco, y por diez cuadros de gran tamaño, entre los cuales iba su *Santa Isabel*, cuatro mil, escasos.

Estos lienzos se cubrirían hoy de oro. Su autor se vió forzado á dejar tres casas, cuya pequeña renta disfrutaba, por no poder sufragar el gasto de reparación que exigían.



JESUCRISTO OTORGANDO A SAN FRANCISCO EL JUBILEO DE LA CAPILLA DE ASIS
Cuadro de BARTOLOMÉ MURILLO. Existente en el Museo Nacional de Pintura.

Si es cierto que nadie pintó la tierra y los hombres como Velázquez; digamos, con un eminente escritor, que nadie pintó el cielo y los ángeles como ese portentoso genio que en vida se llamó Bartolomé Esteban Murillo y que, al entregar su alma al Creador en el día 3 de Abril del año 1682, debió encontrar abiertas las puertas de aquel Paraíso que ninguno como él había retratado.

Rindiendo un justo tributo de admiración á su memoria, hoy engalana sus páginas ALBUM SALÓN, con uno de los más notables y menos conocidos cuadros del ilustre pintor sevillano: *Jesucristo otorgando á San Francisco el jubileo para su capilla de Asis*.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS